

Afectos y lazo social: las plazas de Blumberg¹

[Affection and social ties: the Blumberg squares]

Leonor Arfuch*

Resumen

El presente artículo analiza, a partir del concepto bajtiniano de cronotopo –como correlación indisociable de espacio, tiempo y afecto–, el papel esencial que tuvo la plaza, de tan fuerte connotación política en la Argentina, en la constitución del llamado “fenómeno Blumberg”. Sin intentar dar cuenta exhaustiva de tal fenómeno –si alguna vez esto fuera posible– lo que nos proponemos aquí es iluminar una escena bajo una luz semiótica, y a partir de allí plantear algunos interrogantes sobre las formas de interpelación e identificación en nuestras sociedades mediatizadas, sobre los modos en que circula el afecto –y la afición– y se anudan lazos de comunidad y pertenencia –dicho de otro modo, cómo se teje la sutil articulación entre pasiones y política– y, finalmente, sobre ciertos “nuevos” escenarios configurativos del “pueblo” y de la democracia.

Palabras clave: Fenómeno Blumberg. Plaza. Lazos de pertenencia. Pasión y Política. Escenarios democráticos.

Abstract

This article analyzes, on the basis of the bajtinian concept of cronotope –as the inseparable correlation of space, time and love– the fundamental role that the squares, of strong political connotation in Argentina, played in the so-called “Blumberg phenomenon”. The aim is not to render an exhaustive account of the phenomenon –were it possible– but to throw a semiotic light on the scene, and then to pose some questions related to the questioning and identification in media-dominated societies of the way love –and affection– circulate and create community ties and a sense of belonging; in other words, how the subtle articulation between passions and politics is woven; finally, of certain “new” scenarios representative of the “people” and democracy.

Key words: The Blumberg phenomenon. Square. Belonging ties. Passion and politics. Democratic scenarios.

* Es profesora e investigadora de la Universidad de Buenos Aires.

¹ Una primera versión de este artículo fue presentada en el Seminario Internacional “Los afectos en la constitución de identidades políticas”, organizado por el Goethe Institut Buenos Aires y el Instituto Gino Germani de la UBA del 6 al 8 de octubre de 2004, en el que participaron, entre otros, Ernesto Laclau, Joan Copjec, Elisabeth Bronfen, Leo Bersani y Emilio de Ipola.

La siempre sutil articulación entre afectos y lazo social puede ser vista hoy, en la sociedad mediática, en una doble perspectiva: la de las pasiones extremas, paroxísticas, que reinan en la escena global infringiendo cada vez los límites de lo imaginable; y la de las pasiones íntimas, cotidianas, que desbordan los ámbitos de la privacidad para transformarse en asunto público. Dos caras contrapuestas, quizá compensatorias, cuya alternancia en las pantallas nos lleva de la dilatada extensión de los frentes de guerra a la domesticidad más acendrada, pero que también pueden combinarse, yuxtaponerse, confundirse, en cualquiera de los dos escenarios. Así, las desoladas geografías, cercanas o lejanas, donde se encarna el absoluto Otro –o el Mal absoluto, según la nueva religión–, donde se ofrece a nuestros ojos la disolución de los cuerpos –nunca habremos visto tal inclemencia del horror– pueden trastocarse, súbitamente, en una especie de “retorno al hogar”, en relatos de vida, anecdóticos, biografías, todo lo que constituye –y restituye– la pérdida singularidad.

Este vaivén, ya típico, donde las cámaras saltan de las ruinas humeantes a los rostros de los familiares, las fotografías de las víctimas y los gestos del dolor, se inscribe bajo un modo trágico en esa gran retórica de subjetivación, también en auge, donde lo vivencial y lo biográfico adquieren un interés prioritario. Así, más allá de las vidas famosas, consagradas, de los géneros canónicos de la intimidad –autobiografías, diarios íntimos, correspondencias– y sus innúmeras variantes, los medios han ido acentuando en los últimos años la focalización en las vidas comunes, cuyas peripecias e infortunios –aun los cotidianos–, suscitan una inmediata identificación. Una colocación ante la desdicha de un otro “que podría ser yo” –estupor, piedad, indignación, miedo– no exenta de pasión escópica, que comparte, con formas artísticas más elaboradas, esa obsesión de la presencia que Derrida (1997) anotara como un rasgo de época: el testimonio, la voz, el cuerpo, la *persona*, como garantía de autenticidad; es decir, del lazo emocional que anuda la creencia.

Ejemplos de este énfasis mediático fueron aquí los esbozos biográficos de las víctimas del atentado a la AMIA, los del 11 de setiembre y también los casos que analizó Elisabeth Bronfen en su conferencia²: las soldadas Jessica Lynch y Lyndie England, que inmediatamente trajeron a escena retazos de su historia, reacciones de las familias y del pueblo natal y, aun en otro registro, la madre del film de Michael Moore, que personaliza paradigmáticamente ante la cámara la tragedia de la pérdida de un hijo. El lugar de la víctima, por otra parte, no sólo de la violencia

² Elisabeth Bronfen, participante del Seminario por la Universidad de Zurich, presentó una ponencia sobre “La guerra de imágenes y el *Fahrenheit* de Michael Moore”, donde contrastaba justamente las imágenes de las soldadas (Jessica Lynch como la “buena”, secuestrada por los enemigos, que fue “rescatada” en una operación que luego se reveló preparada como el más puro *reality show*; Lyndie England como la “mala”, cuyas fotos escarneciendo a prisioneros iraquíes desnudos recorrieron las primeras planas de todo el mundo) con el testimonio de la madre del soldado muerto que aparece en el tramo final del film.

desatada a escala mundial sino también la de la delincuencia, y en general, de esa violencia sin nombre que acecha a la vuelta de la esquina, ha ido adquiriendo en los medios una inquietante centralidad: tematización recurrente y a menudo obscena, catalizador de demandas sociales y políticas –sobre todo, la de “seguridad”–, dispositivo disciplinador que instaura una cartografía del miedo –no en vano hay “mapas del delito”–; múltiples lecturas podrían hacerse, sobre todo en nuestro contexto actual.

El tema que voy a tratar aquí se sitúa justamente en la intersección de estas coordenadas: en la doble dimensión de lo público y lo privado, en la línea de la violencia delictiva y la demanda de seguridad, en una sintagmática de los “hechos” donde la realidad parece objetivada en un decurso autónomo hasta el momento en que se articula con una historia personal –la de la víctima– y, entonces, lo subjetivo y singular emerge como paradigmático. Un territorio intermedio donde se teje la trama del afecto, entre los sentimientos que se muestran, los que se evocan y los que se suscitan y donde los medios de comunicación despliegan ampliamente su cualidad performativa. Lo que quiero analizar, poniendo seguramente más preguntas que respuestas, es lo que podría llamarse “el caso Blumberg”, pero que yo preferiría definir, más ajustadamente, como “las plazas de Blumberg”, dándole así a la topología el lugar simbólico que tiene, coincidente con el lugar teórico desde donde propongo su lectura.

Yendo primero a la teoría, hay un concepto que el pensador ruso Mijail Bajtín (1978) elaboró para la literatura, y en particular para la novela, a partir de una definición matemática inspirada en la teoría de la relatividad: el concepto de *cronotopo*, que señala la correlación esencial de las relaciones espacio-temporales. El tiempo se condensa, el espacio se expande en una dimensión configurativa y ambos son indisociables de un valor emocional. El cronotopo es entonces el verdadero nudo articulador de la trama, el que inviste de sentido –y afecto– a acciones y personajes, por cuanto trae la carga valorativa de la historia y la tradición: ejemplos clásicos, la ruta –de los peregrinos a los *road-movies*–, la plaza pública, el castillo, el salón, pero también la vida –el camino de la vida–, el hogar, la familia, el linaje, la paternidad...

En cuanto al señor Blumberg, personaje principal de una historia bien conocida –haciendo una síntesis retrospectiva, especialmente para lectores de otros ámbitos–: es el padre de un joven de 23 años, de clase media, que fue víctima de un secuestro extorsivo en marzo de 2004 y que, como consecuencia de un confuso episodio en donde no llegó a pagarse el rescate pero hubo intervención policial, fue asesinado a sangre fría por sus secuestradores. La reacción inmediata del padre, después del shock de la pérdida, fue comenzar a liderar la demanda por seguridad –una reivindicación candente para vastos sectores sociales–, para lo cual, después de haber entrevistado a altas autoridades y de ser recibido incluso por el Presidente, convocó a la ciudadanía a la Plaza del Congreso el 1º de abril

-9 días después del asesinato de su hijo-; convocatoria que culminó, de manera sorprendente para todo el mundo -aun para los propios organizadores- en una de las más grandes concentraciones de los últimos veinte años: entre 130 y 150 mil personas. Unos días después, otra multitud estimada en unas 70.000 personas lo acompañó en la entrega de un petitorio a los legisladores y, en agosto de ese mismo año, tuvo lugar la "tercera plaza" convocada por el padre, con una estimación cercana a este último número. En el interin, Blumberg se transformó en un personaje de referencia para la cuestión de la seguridad: montó una Fundación que lleva el nombre de su hijo - "Todos por Axel" -, participó en inúmeros actos de protesta recordatorios de otras víctimas, recibió invitaciones del extranjero, otorgó decenas de entrevistas, cosechó millones de firmas para sus petitorios y logró que se pongan en marcha muchas de las medidas de prevención y de mayor penalización propuestas en ellos.

¿Por qué me interesan en particular estas plazas, dentro de lo que podría llamarse, sin exageración, el "fenómeno Blumberg"? En primer lugar, y tal como lo anticipa el concepto de *cronotopo*, considero que la plaza fue esencial en la constitución de ese fenómeno, y que, en tanto lugar por excelencia de articulación significativa entre espacio, tiempo y afecto, permite una lectura sintomática que va mucho más allá de ella misma. En segundo lugar, mi objetivo aquí es modesto: no pretendo dar cuenta del "fenómeno" en su totalidad -si alguna vez ésta fuera aprehensible- sino apenas iluminar una escena, bajo una luz semiótica, y a partir de allí plantear algunos interrogantes sobre las formas de interpelación e identificación en nuestras sociedades mediatizadas; sobre los modos en que circula el afecto -y la afección- y se anudan lazos de comunidad y, finalmente, sobre ciertas "nuevas" escenas configurativas del "pueblo" y de la democracia.

La plaza: cronotopo y política

Ante todo, la ocupación de una plaza nunca es un hecho meramente actual. Su terreno, a la manera de un palimpsesto, es una superficie viva, que deja ver las huellas de un pasado, que se actualiza cada vez con la fuerza de una representación configurativa, es decir, que impone sentido a lo que allí suceda. La plaza, en la Argentina -para no tomar ejemplos más lejanos- tiene sin duda una entidad particular. Las plazas de Perón, la plaza de las Madres, las innumerables Plazas de Mayo y del Congreso, las del 19 y 20 de diciembre de 2001, plazas jubilosas, como las del retorno a la democracia, plazas afectadas, como casi todas las demás: por la pérdida y la desaparición, por aventuras de guerra insensata, por la falta de trabajo o de esperanzas, por la injusticia y la impunidad. En los últimos años, el impulso de poblar las plazas -en todo el país- se nos ha hecho casi habitual; convocadas, autoconvocadas, más y menos pacíficas, la plaza y la calle -dos

cronotopos altamente valorados en la óptica bajtiniana- se han transformado en lugares decisivos de la política. La protesta social, las demandas, la expresión de las particularidades que luego buscarán -o no- articularse en alguna instancia superior y hegemónica -Laclau-Mouffe (2004) dixit- se construyen, prioritariamente, en ese espacio público cuya visualidad tendrá una indudable factura mediática. Mezcla de ágora y de plaza medieval, rabelesiana, con sus personajes heterogéneos y sus humores varios, sus cánticos, tambores y pancartas, estas formas de ocupación han transformado decisivamente el paisaje urbano -y mental- de nuestras grandes y pequeñas ciudades.

Esas marcas -las antiguas y las contemporáneas- estaban por supuesto presentes en la plaza de Blumberg del 1º de abril. Fue una plaza invadida por la tristeza, en el más puro sentido spinoziano: tristeza como “causa exterior”, de la cual nacen las pasiones tristes: el dolor, el miedo, la culpa, la desesperación, la melancolía. Pero también la piedad, que el filósofo definiera como “la tristeza acompañada de la idea de un mal que le ha ocurrido a un otro que nos imaginamos que es parecido a nosotros” y la indignación, que es “el odio hacia quien ha hecho ese mal” (Spinoza, 2001:236). La gente, en un arco diverso, de clases medias y también humildes, se fue sumando de a poco, con velas blancas y fotografías de otras víctimas del delito, del gatillo fácil, del abuso policial: demasiadas víctimas en la Argentina, también en democracia. El escenario estaba preparado en las escalinatas del Congreso, desde cuyo interior accedió Juan Carlos Blumberg, quien fue el único orador. Su discurso, de 25 minutos, mezcló agradecimientos, pedidos de endurecimiento de leyes, acusaciones contra la policía, expresiones pacificadoras ante desbordes que calificó de “antidemocráticos” -las figuras políticas, salvo la presidencial, fueron abucheadas- y un cierto aire profético, por momentos, cuando su voz amenazaba con flaquear. Fue una plaza distinta de todas las anteriores, donde el dolor tan fresco de ese padre y la ausencia marcada por la fotografía del hijo -una sonrisa joven, desprevenida de su infausto destino-, el entorno ritual, las velas encendidas y el cierre con un canto coral dieron un tono preponderante de religiosidad. Blumberg llamó a su empeño *Cruzada* y la nominación fue clara en este punto.

La plaza fue leída, por unos, como demagógica o populista; por otros, como demostración de una creciente -y novedosa- participación democrática. Novedosa porque no respondía a ninguna identificación política, ni colectivo social, ni consigna pre-acordada, sino al llamado de un padre -dirigido “a la gente decente” - en el nombre del hijo, que encarnaba, con su herida recién abierta, esa demanda generalizada y a menudo inespecífica de “seguridad” -volviendo a Spinoza: “la seguridad es la alegría que nace de la idea de una cosa futura o pasada en relación con la cual no hay ninguna razón de dudar” (Ibíd.:240) -, demanda alimentada justamente por la duda constante sobre la verdad de los hechos -de los innumerables sucedidos- y sus responsables, que tiene entre nosotros un correlato bien

conocido: la impunidad. Se invertía así la lógica de representación que señalaba Bronfen respecto de la madre del soldado muerto en Irak, Lila Lipscomb³: de una tragedia individual se daba el giro hacia un planteo sistémico. En la gran narrativa de la información –gráfica y audiovisual–, este trayecto estuvo clara, topológica y, podríamos decir, tropológicamente marcado: día tras día podía registrarse el avance de la noticia en su despegue desde las páginas policiales hacia las centrales, para ocupar luego, ya transformada, la totalidad de las portadas y continuar, durante largo tiempo, como una tematización recurrente en la escena política.

Volviendo a la plaza, y a lo que se “jugó” en los dos Congresos, escenario por demás emblemático: ese modo de habitar el lugar no solamente replicaba tantas otras conmemoraciones de vidas perdidas y demandas de justicia, habituales en nuestro país, sino también las que se han ido haciendo usuales en otras latitudes, en la medida en que la categoría de víctima se ha transformado en un significativo cotidiano y universal: pienso, por ejemplo, en las plazas del 12 de marzo en España. Anclajes donde la aglomeración de los cuerpos –y la conjunción de las almas– opera, afectivamente, como una especie de exorcismo: no en vano Blumberg repetía obsesivamente, en camino de entregar su petitorio, un credo que se nos ha hecho carne: “nunca más”.

Quizá no sea ilícito pensar que la convocatoria de Blumberg se delineó también sobre ese trasfondo trágico que la mediatización actualiza diariamente en nuestras retinas, y cuyas huellas –perdurables– alimentan el sentimiento de inseguridad global. Pero ¿cómo logró un solo padre convocar –y arengar– a decenas de miles de personas? ¿y cómo consiguió que el fenómeno se repita dos veces más? Podrían enumerarse diversas razones: el desenlace inesperado del secuestro, la evidencia de corrupción policial, la inmediata respuesta ejecutiva del empresario, su decisión de apelar a las altas esferas, el fuerte apoyo mediático –con sesgos de derecha–, la clase social y las características físicas de la víctima –blanco, rubio, deportista, como algunos enfatizaron–, el hartazgo de la gente (un matutino tituló “La gente dijo basta”)... pero quizá ninguna sumatoria alcance para dar cuenta de cómo se produjo esa articulación contingente y hegemónica.

Yendo, desde un punto de vista semiótico, a su imagen, tal vez no sea irrelevante su figura de padre-abuelo batallador, capaz de sobreponerse al dolor –aunque también capaz de llorar– para levantar una bandera común y encarnar un nuevo tipo de representación. Figura de padre con autoridad –sobre las figuras femeninas emblemáticas de las Madres, las Abuelas, las que acompañaron el caso María Soledad y tantas otras– cuyo relato biográfico, súbitamente público, puntúa, anecdóticamente, esa afinidad del linaje de los varones tan apreciada y reconocible en nuestra cultura –el padre, llevando a su único hijo de la mano,

³ Bronfen señalaba que un planteo general anti-sistema, como es el film de Moore, trazaba una parábola haciendo anclaje, en el caso de la madre, en una historia singular.

como compañero inseparable desde niño-; un relato donde se difumina la figura de la madre -que elude, por otra parte, toda visibilidad-, donde se insiste en el valor del trabajo y del estudio, así como en la rectitud y la civilidad, valores también típicos de un cierto -y difundido- modelo familiar. Un padre, finalmente, cuyo devenir mediático lo fue haciendo autoritario, capaz de dar voces enérgicas, de mostrar los sentimientos desnudos -como en el ágora- de mandar a trabajar a legisladores y funcionarios -interpretando así una fantasía ampliamente compartida- y hasta a los presos comunes, y cuya tristeza pareció no disminuir su fuerza de acción sino incrementarla. Pero está, asimismo, la debilidad, la culpa confesada -no haber podido/no haber sabido proteger al hijo- y también la idea religiosa del castigo -por haber sido quizá demasiado exigente con él-, registros de fuerte impacto emocional, que alimentan probablemente una escena temida colectiva: el no saber qué hacer ante la misma situación; el colocarse, anticipatoriamente, en el mismo lugar. “Axel es el hijo de todos ustedes”, dijo Blumberg. El miedo, junto con la duda y la indignación, y ese sentimiento difuso en que la idea del derecho o la justicia roza peligrosamente la pasión de la venganza, estuvieron también presentes en esa plaza.

El cronotopo de la plaza pública se expandía así, sin perder sus atributos, de su prístina inscripción política en el ágora -y sus múltiples reinenciones históricas- para dar lugar, en su arena simbólica, a varios otros -y potentes- cronotopos: el de la vida y la muerte, por supuesto, el de la familia, el hogar, la paternidad, la maternidad... Un tiempo condensado, un espacio expandido, y una trama de afecto donde el “valor biográfico” -que Bajtín (1982) definiera como una puesta en sentido de la propia vida y de la vida de los otros a través de la narración- era esencial. Un valor, por otra parte, reconocible en la pasión contemporánea de la literatura, el cine, los medios, las artes visuales y hasta la política, por todo tipo de narrativa vivencial.

Las “plazas de Blumberg” podrían verse así como puntos nodales que articularon, temporariamente, narrativas y discursos de distinto tenor. Sus tres instancias señalan, más que la repetición, el desplazamiento, el límite de las identificaciones. La última, del 26 de agosto de 2004, tuvo la mitad de asistentes y una mayor homogeneidad, según la prensa, de esas clases medias de creciente protagonismo. Algunos medios consideraron más política la intervención de Blumberg, por cuanto se aventuró con la reforma del sistema electoral. Para otros, fue “antipolítico” porque subió el tono de la diatriba contra los funcionarios y su responsabilidad, reiterando además ese infortunado estereotipo que equipara la impunidad con los “derechos humanos de los delincuentes”, y esa falsa dicotomía que hace de los “derechos humanos” un enemigo de la seguridad o lo reduce a una nostálgica bandera de izquierda. Como si el respeto a la vida humana -y a las condiciones necesarias para su preservación- no fuera justamente *para todos* el pilar esencial de esos derechos.

Pero también, desde otro arco de opinión, se insistió en parcializar la demanda de seguridad, atribuyéndola a las capas medias, que serían las que efectivamente tienen algo que perder. Concepción que la primera plaza desmintió, en tanto la “inseguridad” –ese latiguillo mediático que inaugura cada día desde el temprano noticiero o la portada del diario– también afecta a los sectores humildes, que padecen, de manera diversa, los mismos dispositivos delictivos, el gatillo fácil, el abuso policial y la corrupción.

Más allá de estas discusiones, se abren para nosotros múltiples interrogantes: si el “fenómeno Blumberg” fue sólo una prodigiosa conjunción afectiva entre lo personal y lo político; si encarna –o revela– un nuevo tipo de liderazgo o de representación asentado fuertemente en los afectos –aunque él mismo no tenga la afabilidad del líder carismático–; si ese liderazgo supone ir más allá –o más acá– de las instituciones, en tanto la argumentación y la deliberación es remplazada por la receta de urgencia. Pero del otro lado, del lado de la política; ¿no parecemos encontrar lo mismo?

Quizá las plazas de Blumberg sean el síntoma de esa falla, de ese punto ciego de la política que llama a repensar la relación entre afectos, liderazgo y representación, y también la propia idea de “pueblo”, que aparece empobrecida y difuminada en la dislocación de las demandas y los eufemismos de la “gente”.

Dice Bajtín, refiriéndose a la investidura afectiva del cronotopo, que el tono emocional y volitivo que abarca y penetra el acontecimiento singular del ser no es meramente una reacción psíquica pasiva, sino “una orientación necesaria de la conciencia, moralmente significativa y responsablemente activa” (1978:262). Sobre esa responsabilidad, que es *responsabilidad por el otro* y que va más allá de la piedad, el miedo o el castigo, creo que valdría la pena trabajar.

Bibliografía

- BAKHTINE, Mikhail (1978), [1975] *Théorie et esthétique du roman*, Paris, Gallimard.
BAJTÍN, Mijaíl (1982), [1979] *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI.
DERRIDA Jacques; STIEGLER, Bernard (1996), *Échographies de la télévision*, Paris, Galilée-INA.
LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal, (2004), [1985] *Hegemonía y estrategia socialista*, Buenos Aires, FCE.
SPINOZA, Baruch, 2001 [1954] *L'éthique*, Paris, Gallimard.